

# GLORIAS DE LA ESCENA

EN LA ORDEN  
DE ALFONSO X  
EL SABIO

**D**OS máximos prestigios de la escena española, don Ricardo Calvo y don Enrique Borrás han alcanzado el honor nacional de figurar entre los miembros de la Orden de Alfonso X, *el Sabio*, asamblea de los valores de la cultura, donde no sólo los investigadores, los hombres de Ciencia o de las Letras, consagrados en el libro, en la Cátedra o en el Laboratorio, tienen puesto, sino donde también hallan abrazo fraterno los servidores de todas las manifestaciones del Arte, desde el genio que crea hasta el espíritu extraordinario que capta e interpreta en encarnación viva y palpitante, secundada por una penetración luminosa, el significado del concepto primero para prestarle la efectividad de lo sensible. Así, ahora, estos dos grandes actores dramáticos, tantas veces personajes centrales de los temas más expositivos del sentir y del pensar de la raza, en embajada de gloria hispana por todos los coliseos hispanos e hispanoamericanos, han coronado su veteranía con los laureles de este altísimo galardón, otorgado por el Caudillo de España.

Y el Ministro de Educación Nacional, la más alta representación de nuestra cultura, ha impuesto las insignias de la Encomienda con Placa de la expresada Orden a los dos decanos maestros del arte escénico.

Ya están lejos los tiempos del debut de Ricardo Calvo en la compañía de María Guerrero; mas su clara línea de amoroso can-



D. Enrique Borrás, acompañado del Ministro de Educación, en el homenaje que se le tributó con ocasión de haberle sido otorgada la Encomienda de Alfonso X el Sabio



tor de la tradición clásica del Teatro español no se ha quebrado un solo momento, ni se inficionó con interferencias negadoras del estilo característico de su estirpe artística. La escuela que alumbraron los Calderones, los Lopes y los Tirsos, al suscitar vocaciones escénicas inconfundiblemente españolas y el sentido de lo histórico, matizan con personalismo la vida teatral de Calvo.

El ensamblaje misterioso de los tiempos hace recordar en esta ocasión la noche del 13 de diciembre de 1910, cuando en el Español, abarrotado, se escucharon las ovaciones cálidas que un público entusiasmado dedicó al intérprete de «Lucano», del «Nerón», de Cavestany. Los periódicos de aquellos días registraron como acontecimiento impresionante la revelación del que comenzaba la difícil conquista de la fama, y desde entonces, en triunfo ininterrumpido, este actor, benaventiano por afecto y convicción y admirador emocionado de la producción de Pemán, allí donde palpita la espiritualidad española sobre el mundo del Teatro le encontramos gozoso y magistral.

Asociado en el triunfo con Ricardo Calvo contemplamos a Enrique Borrás, español por catalán y catalán por español, ya que la misma pasión imprime a «Terra Baixa», obra de su debut en Madrid, desde el escenario de la Comedia, que a «El Alcalde de Zalamea», cuando se inviste majestuoso y arrogante, exaltado por la grandeza de alma que inunda al personaje central.

Cuando el Ministro, Sr. Ibáñez Martín, le imponía las insignias, no podría encontrarse ausente de la emoción del gran artista la evocación de aquel homenaje, que se pudiera llamar de familia, ya que se encerraba entre los términos de la tierra natal, en Badalona, el 24 de septiembre de 1929, ensanchado hasta convertirse en nacional en virtud de esta concesión honorífica del Caudillo al disponer el ingreso del actor en la Orden de Alfonso el Sabio.

Desde la primera actuación teatral de don Enrique Borrás, cuando tenía dieciocho años y trabajó en «La Pasión», en Barcelona, siendo empresario don Antonio Tubáu, la carrera escénica del ilustre intérprete de tantos y tan variados tipos humanos atezados por el ambiente más dramático, no ha conocido el declive

de su alma de artista, insuperable en su técnica de irradiante sentimentalidad, bien demostrada en «El Gran Galeoto» la noche en que las manos ministeriales le colocaron la encarnada cinta de la que pende esa simbólica cruz, que tan magistralmente cantó Marquina en el mismo acto. Don Enrique Borrás se superó a sí mismo, si cabe, en su difícil misión de trasladar al público la fuerte sacudida moral que persigue la intensa obra de Echegaray que se representaba.

Con la misma y honda satisfacción con que en esta sección recogemos siempre los nombres de quienes ingresan en la elevada Orden de Alfonso el Sabio, incluimos hoy los ilustres de don Ricardo Calvo y don Enrique Borrás.

